

-.Sobrepaña.-

El sol estaba menos radiante que de costumbre. Pasaba la tercera estación de la edad y la temperatura ambiente no superaba ningún grado centígrado.

Rodaba el año 1600 cuando se pronosticaba la coronación de la torre circular a María de Médicis.

Cuenta un poeta que el día anterior a ese acontecimiento marital, le llega la noticia a un director teatral que tiene que apurar sus ensayos y anticipar su estreno.

En el momento que desestructura el mensaje, él mismo estaba en el palacio de las estatuas reconociendo su lugar, con el objetivo de intentar convertir sus pensamientos en una manifestación de buen gusto y cultura.

Cuando estructura la información de las malas nuevas, y ya agobiado de la autocracia de los movimientos sociales, interpretó que su obra será el contrapunto silencioso del momento.

Arqueando hacia una buenaventura agilizó su mando. Analizó la planificación, releyó los guiones, calificó las pelucas, recreó las máscaras, estabilizó la iluminación pero no encontró los cambios de vestuario de los protagonistas ni su calificación.

Con abulia mandó a llamar a su asistente. En el fisgoneo de su búsqueda, se detuvo en el telón. Se aproximó. Con delicadeza extendió un dobléz y comenzó a recordar un sueño nocturno. Olvidó episodios. Ensordecido y arbitrario se paró en frente de su ayudante y le confirmó que no habrá vestuario. El asistente se sorprendió riendo y el director no le sonrió. Bajó sus apuntes. Pidió que apagaran las luces y le ordenó a todos sus colaboradores que se suban al escenario. Con lenidad y asombro ellos accedieron a la petición del maestro.

Ya resuelto, deshilachó su tapado y repartió a cada uno un botón. Una vez que las mayorías estaban en sus lugares, ordenó silencio sepulcro y comenzó a hablar con vos pausada. Desde una butaca aclaró que él iba a relatar unas descripciones y que sus palmas les indicarán los vaivenes del telón.

...años atrás, en el subsuelo del palacio Pitti, a una viuda costurera se le da la orden de acondicionar los trajes de los actores principales. Fatigada por sus bordados vio que su pequeño de diez años, había despertado de su siesta.

Se sube el telo.

En el salón ceremonial estaban los músicos practicando la Eurídice.

Víspera a la melodía de un argumento, Jacobo Peri apresó la imagen de como un artesano se desmoronaba limpiando dos pianos enfrentados. Investigando el tallado de su madera, presencié el desenlace que le siguió a un violín en el cruce de bulevar de la juventud con el becuadro que le llevó la nota hacia la sustancia espiritual inmortal.

En ese prelude aparecieron los actores destacados Alfa y Omega practicando el saludo final. Pero escalera abajo y producto de los temblores de las tablas, el niño de la costurera se levantó de su cama y se le acercó a su madre. Flexionó su mano izquierda y presionó con fuerza un botón heredado. Al ver esa secuencia, tambaleando, la mujer dejó sus hilos y se dirigió hacia la cocina. La criatura la persiguió y le preguntó sagazmente: "en donde está la vida". Como madre desolada, le inclinó una cacerola añeja y esbozó con los labios casi cerrados: "que crees que hay aquí". El pequeño contestó: "comida". Continúa la explicación y exclamó sin mover sus gestos: "hay muchos frutos, verdad. Percibes que todos están unidos y mezclados". Alejó sus brazos, le aproximó su nariz al borde, le corrió un banco y prosiguió diciendo: "notas que la mayoría están metidos dentro de un mismo recipiente". Entonces apurada le escondió la

cacerola de sus ojos y la aplastó sobre el fuego. Al fisgar el desconcierto de su hijo, levantó una ceja e insistió con la aclaración: “bien. Todos ellos tienen diferentes sabores, variados aromas y distintos colores. Cada uno de los frutos son sacados del campo, en donde hay árboles y plantas”. Finalizando hace ruido con una cuchara. Comenzó a hacer círculos con ella y balbuceando con esfuerzo dijo: “ellos dos tienen vida, con el paso del tiempo dan frutos y flores. Un vez que pasan sus días, el árbol se deseca y con los años el fruto queda en tu cuerpo”. Detuvo la cuchara, la enfrentó junto a una alcaparra inmadura y respiró profundo.

Ante la respuesta de su madre, el pequeño frotó sus manos y culminando se preguntó: “nos olvidaremos”. Después empujó su banco de paja y pronunció: “nos volveremos a ver”.

Operante, la madre se guió hacia el aparador en busca de azafrán y siguió cocinando ignorando su pregunta. Timorato, la criatura empezó a mover su botón con los dos dedos pulgares. Se le alejó hacia la escalera y sintió fuertes vibraciones semejantes al sonido de unos aplausos.

Se baja el telón.

El artesano, al enterarse que él era el único que podía ovacionar la culminación artística, agitó sus palmas con gracia y sorprendió con una voz. Desconcertado, se volvió para ubicar quién le hablaba. Paralizó sus pies y acechó que detrás de él había siete planos colgados pero en medio de ellos vio a una anciana que vestía una sobrepelliz de color colorado. El hombre de oficio, la saludó, inclinó su cabeza y con asfixia reanudó su labor embustero. La anciana, se subió a un taburete mareado que le pertenecía al clásico piano, lo besó y le susurró al oído: “estas perdonado”. Golpeo su mano sobre su mejilla, la corrió hacia la escenografía y se desintegró. Al primer respiro, el artesano volteó sus cabellos y una niña se le arrodilló junto a sus sandalias. Perdido por la postura de esa pequeña, abrazó su cintura y con voz aniquilada elevó su desconsuelo.

Se abre el telón.

Antes de subir, la costurera visualizó por un vidrio que su niño se abrigó. Disconforme escondió el botón en su bota, posó su sombrero y arrió la puerta.

Salió de su confusión, caminó los escalones y se congeló con el cuerpo de un animal. Holgado, lo acarició y rodó su torso. Como una sombra más, descubrió que él mismo había dado a luz a dos cachorros. Se demoró, mientras para él le daba de mamar y no escuchó a ningún padre a su alrededor. Acogojado, tomó a los animales y decidió repartirlos a cada uno en una iglesia diferente. Los juntó, los puso en sus bolsillos y partió en camino.

Se cierra el telón.

Junto al dolor de sus costillas, el artesano bajó su mentón y lo sirvió sobre su pecho. En ese suspiro, la niña sacó unas piedras de su vestido púrpura y las dejó caer en el bemo de los teclados produciendo un mi mayor. Ayudados por sus dedos, cogió su cajón y se convenció que sus vivencias fueron producto de sus sugerencias, ayudado por los materiales del lustre. Indeciso, se apoderó de una piedra y se desvaneció cruzando la entrada.

Se cae el telón.

Sosteniendo sus crías, el niño intentó dibujar en sus pensamientos el rostro de su padre. Obnubilado, no reconoció sus facciones pero logró describir sus herramientas y lo que él le había enseñado del oficio de sus piezas.

Logró salir del palacio e imaginó que en la calle se garabateaban personas de todo tipo, de varias edades, de diferentes colores, de inmedibles alturas y de extenuantes aspectos. Con miedo, dejó los cachorros a su costado. Abrió un cuaderno de su cartera y trazó dos primarios planos del lugar. Con barro le remarcó a cada uno una iglesia. Cortó las hojas

las enrolló y los ató en sus cuellos. Los sujetó fuerte, les tocó sus orejas y extasiada no vio como los cachorros comenzaban a acercarse hacia las direcciones señaladas. Feliz, preocupado y excitado, movió sus pies. Con dolor sintió el pinchazo de su botón. Para aliviarse, se sentó en el suelo, tomó sus piernas, las superpuso y empujó su pie derecho hasta sacar su bota. En el tironeo voluntario, un señor se tropezó con su cartera. El hombre se estabilizó, y se le cayó su bolsa. Atropellado, la levantó y la parte delantera de su saco le rozó al niño en la frente.

Ambos empezaron a intuir que unos fuertes vientos agitaban las hojas de los árboles levantando tierra sobre sus cuerpos. Luego de esa sensación áspera, el pequeño agitó sus medias y con paciencia se desprendió su botón. Furioso y sucio, el señor ignoró su imagen. Agarró su bolsa, la cerró con ataduras, giró su vista y con la gema de los dedos descubrió un botón. Lo recogió y se apoderó.

Al sentir la pérdida de su herencia, el niño intentó detenerlo. Hizo presión contra su cuerpo. Midió que sus movimientos eran inútiles y recordó la explicación vespertina de su madre y dijo: “los árboles nos e plantan siempre en el mismo lugar”.

Se levántale telón.

El señor, casi inmóvil comienza a sondear por todos lados. Luego se detuvo en el pequeño y con su mirada le dibujó su rostro. El niño no lo llamó y contento danzó por las escaleras. Bajó, golpeó su puerta, situó a su madre, le tocó los labios y escuchó: “puedes percibir una verdad tal como si la tuvieras a la vista”.

El director prendió las luces. Abrió las ventanas y vio que sus colaboradores estaban descalzos y emocionados. Iniciando unos pasos, extendió sus brazos y comenzó a aplaudirlos diciendo: “el melodrama es la parusía de espectador”.

Los actores, se calzaron y se guardaron el botón. Mientras bajaban se preguntaban:”nos veremos después de muertos”.

La intuición hace que la melodía sobre un argumento sea invisible.

Como un truco de magia todo se genera, gracias a la confianza que le pueda generar el espectador.

De lo contrario, cualquier truco queda en la memoria de un gorrón o en la risa de los más débiles.

-Ana Clara Breature.-